

R. Gutiérrez Córcoles

LOS CURSILLOS DE CRISTIANDAD

Desde hace unos veinte años el "cursillismo" —como gusta decir a un sacerdote de la América hispana— se ha expandido por el territorio nacional como una epidemia. Dentro de la misma Iglesia muchos hay —sacerdotes o seglares— que son contrarios al mismo: ven en el cursillo un engaño, una trampa, un montaje psicológico; otros critican su —para ellos— carácter sectario.

No cabe duda que el cursillismo entraña un "algo" todavía no explicado. Son estas líneas un ejercicio de comprensión; tratan de dar respuesta a la obsesiva pregunta que emerge de la conciencia de algunos cursillistas: "¿En qué consiste el engaño?" Porque —esto es lo paradójico— se sienten "manejados", sometidos a un oscuro ardid; pero en modo alguno saben cómo ni en qué forma tiene lugar el engaño.

Frente a la ceguera de éstos, el cursillista "fiel", en cambio, cree ver claro dentro de sí. Desde que asistió al cursillo experimenta una "vita nuova", un cambio radical, un renacimiento: se ha desvelado el verdadero sentido de su existencia personal. El cursillo fue vivido como una especie de conversión. Y es aquí, creo yo, donde radica el núcleo del confusionismo.

En el cursillo hay dos aspectos, dos "saltos" o

"conversiones" que deben ser separados. Precisamente porque en la psicodinámica del cursillo no se hace esta separación (los malpensados dirán que esta evitación de la separación es intencionada) es por lo que se origina la confusión en el espíritu del cursillista.

1 PRIMER SALTO: de la existencia gregaria a la "conversión existencial". La primera experiencia del cursillo es un desvelamiento o "conversión" existencial. El cursillista era, hasta ese momento, un hombre que se dejaba conducir por aquello que él creía sus creencias, su moral, su concepción de la vida. Preocupado por mejorar su negocio, por el triunfo de su equipo de fútbol, por cumplir con sus obligaciones de católico, etc., hacía lo que SE debía hacer.

El cursillo en esta primera parte (no necesariamente primera según un orden temporal) es un sano aldabonazo, un serio toque de atención dirigido al fondo de las conciencias, para que el que viva más o menos "alienado" vuelva la mirada hacia sí. El cursillo no hace sino arrojarlo "contra sí mismo" para que, en el seno de su intimidad, el hombre ventile el sentido de su personal existencia. Descubre entonces que hasta ahora vivía según un modo de existencia amorfa, perdido en el anonimato gene-

ral, haciendo las cosas como SE debían hacer, cargando con la responsabilidad de su vida a los demás. En estado de "huida de sí".

Descubrirme responsable, ser ya para siempre consciente de que soy yo quien decido mi propia existencia, romper con todo cuanto ha sido hasta ahora vacío formulismo; encontrarme aquí, de pronto, sólo, aislado de los otros, para cargar con el deber de hacerme a mí mismo. A esto es a lo que llamo "conversión existencial". Yo no sé si el cursillismo está conscientemente montado sobre ideas existencialistas; lo que afirmo es que esta "conversión", en el plano de lo meramente existencial, tiene lugar; désele el nombre que se quiera.

2 SEGUNDO SALTO: de la conversión existencial a la "conversión" cristiana. Hasta aquí el cursillo ni es católico ni budista ni mahometano; se limita a señalar al hombre el estado de alienación en que vivía y lo remite a la posibilidad de su más auténtica forma de existencia. Todavía no es un cursillo de "cristiandad".

Hasta aquí el cursillo nos parece honesto y magnífico. La segunda parte consiste en fundir el "deber-de-ser" con el "deber-de-ser-cristiano". Pero esta diferenciación no se hace dentro del cursillo, a los ojos del cursillista. La confusión en la conciencia de éste es inevitable, de no ser muy despierto: consiste en que este desvelamiento existencial de que hablo, este descubrirse responsable de la propia existencia, este "deber de ser yo" se interpreta como "deber de ser yo a través del catolicismo". Lo que tiene lugar en un plano puramente existencial queda incorporado (y confundido) a un plano religioso-cristiano.

Éticamente no creo adecuado el procedimiento. Por esto se habla de "trampa". El fin es bueno —¿quién lo duda?—, pero no me parecen justificables los medios. En este segundo salto el cursillista se ahonda en la confusión. Dado el primer salto, lograda aquella conversión existencial, cualquier cursillo —budista, comunista o nazi— tendría éxito: tan solo habría que confundir en el alma del cursillista su deber como hombre, descubierta en esa primera conversión existencial, con su deber como candidato de un partido, credo o secta. El cursillista acabaría siendo (más o menos fanáticamente; esto depende del temperamento) "auténticamente"

budista, comunista o nazi.

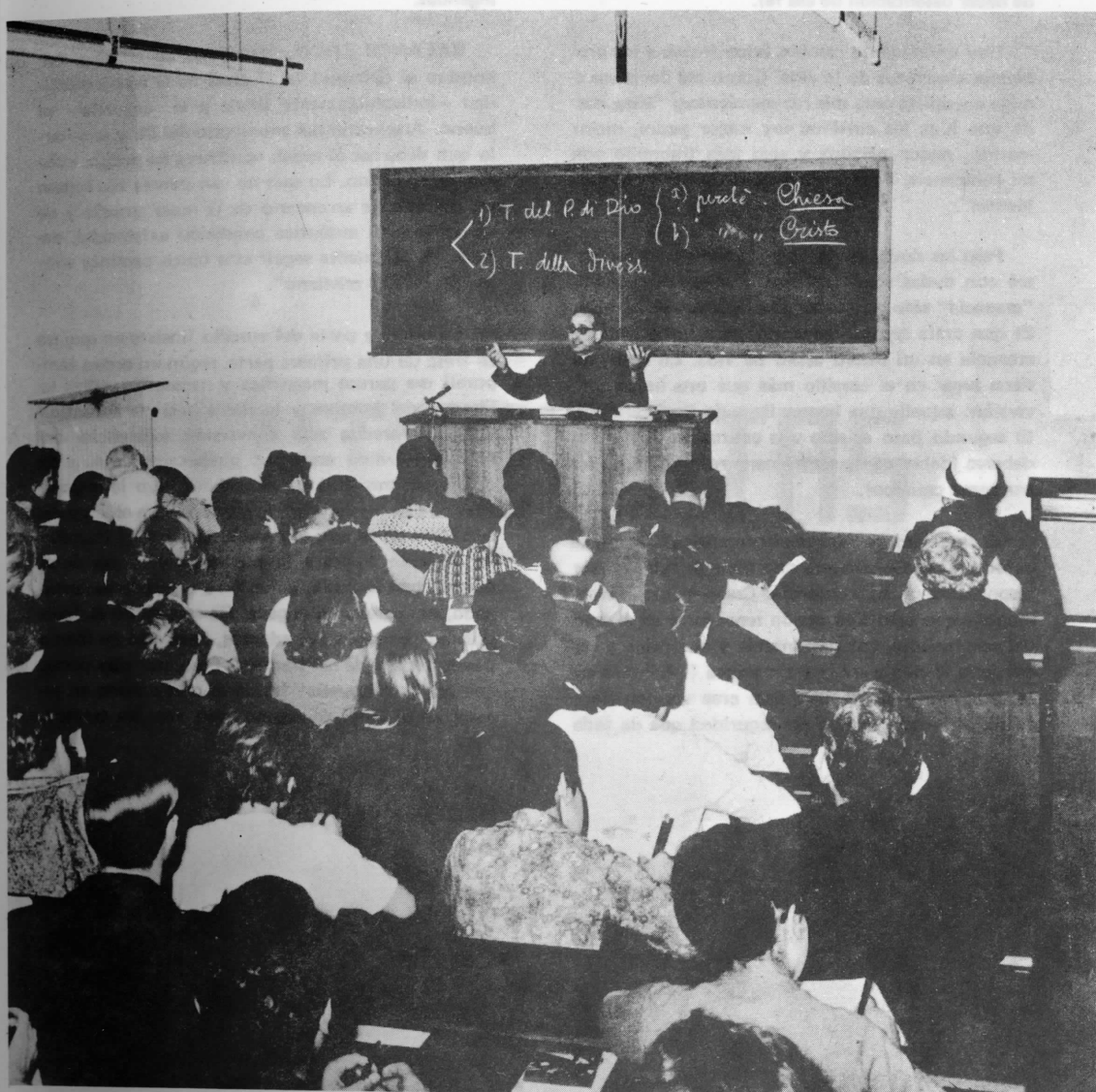
Esta ingenua caída en la trampa es lo que nos apena. No caen todos, naturalmente. Aquel cursillista que previamente al cursillo "pensaba" (esto es, se había planteado una y otra vez el problema de su autenticidad existencial), sale de la prueba "libre de todo lazo".

Lo que nos parece, pues, incorrecto es valerse de una llamada a la autenticidad del ser humano para sumergirlo después en un callejón de salida única y, si se me apura, de inautenticidad; porque —como le ocurre a cierto amigo cursillista— hay quien a partir del cursillo cree para no dudar, para vivir "mejor", en paz consigo mismo, en la línea de la creencia "oficial" y con un billete seguro para el cielo. Si así el hombre "se siente mejor", si su familia vive también en mejor armonía desde su "cambio", ¿para qué plantearse preguntas? Será mejor "tirar para adelante".

CONTINUIDAD. Para que los efectos conversivos del cursillo no se agoten, para que no muera la "vita nuova", será preciso alimentar la nueva condición del cursillista mediante una labor de equipo. Aquí algunos —y en concreto un sacerdote amigo— quieren ver un matiz de secta (quizá este matiz se vea acentuado por la especial terminología de los cursillistas). Yo pienso que el problema es más sencillo. Se basa en que la fuerza y la continuidad sólo se consiguen con la unión. Dicho más técnicamente: se trata de una corrección de la propia conducta a través de la censura que los demás integrantes del equipo —con sus palabras o actitudes— hacen de uno. Si la conversión (el primer salto) tuvo lugar por una especie de análisis existencial, la continuidad parece mantenerse por mecanismos psicodinámicos de grupo.

MIRADA AL CURSILLISTA. El cursillista ha experimentado un sentimiento de "cambio". Aquel que tuvo lugar en un plano existencial y que, erróneamente, atribuyó al contacto con la religión. Este sentimiento de cambio (renacimiento) lo vivencia como un "bautismo de gracias".

Desde el cursillo vive "orientado", firmemente agarrado a las muletas de "sus" creencias, éticamente mejor, más sereno, en la línea del bien, en



el escándalo de la fe (hasta —lo hemos visto— puede hacer ostentación de esa fe).

Hay un evidente cambio ético frente a los problemas concretos de la vida. Como me decía ese amigo cursillista ante mis razonamientos: "Mira, desde que hice los cursillos soy mejor padre, mejor marido, mejor persona y vivo más tranquilo con mi conciencia. Por eso no necesito plantearme problemas".

Pero las dudas de fe no se resuelven. Quien entró con dudas salió con ellas. Por eso digo que la "creencia" sólo puede ser una tapadera de la duda. El que creía seguirá creyendo, pero integrando su creencia en un nuevo estilo de vida. En rigor, no tiene lugar en el cursillo más que una única conversión: aquella que hemos llamado "existencial". El segundo paso es sólo una confusión de ideas y deberes (deber como ser humano responsable y deber como católico).

El cursillista ha "estrenado creencias". De ahí su euforia. Cree firmemente que tiene el deber de ser responsable de su existencia. Cree —menos firmemente— que esto sólo puede tener lugar en el seno del cristianismo. Ser responsable y auténtico y ser cristiano vienen a ser la misma cosa (!). Pese a esta sería confusión el cursillista cree ver con claridad; de ahí que viva en esa seguridad que da toda

creencia, al menos es lo que ocurre en las mentes ingenuas.

BALANCE ETICO. Introducir en el alma del hombre el demonio (o el dios) de la responsabilidad —indisolublemente unida a la angustia— es bueno. Arrancarlo del anonimato del SE y enseñarle que debe ser él quien construya su propia existencia, es bueno. Lo que no nos parece tan bueno es, después de arrancarlo de la masa amorfa y de remitirlo a su auténtica condición existencial, decirle: "Sólo puedes seguir este único camino; sólo puedes ser EN cristiano".

La primera parte del cursillo (insisto en que no se trata de una primera parte, según un orden temporal) me parece magnífica y necesaria; utiliza la libertad del hombre y lo llama hacia la autenticidad: era precisa esta conversión existencial del hombre perdido entre los quehaceres de su vida que, hora tras hora, le ahogaban. Pero la imposición de una "respuesta", la confusión en el alma del cursillista de lo que es cambio existencial (cambio de posición frente a la existencia y frente de sí mismo) con lo que es adhesión a un credo determinado, me parece un engaño. De este modo el "cursillismo" consigue sus adeptos, haciendo un bien a través del mal de la "trampa". Pero, por otra parte, siembra la "distancia" frente al cristianismo en general en el alma de algunos que ven esa trampa.